

La guerra de los mil años

MANUEL CASTELLS
LA VANGUARDIA - 17/06/2006

Nuestro país nunca ha tenido paz. Siempre hemos convivido con la práctica de matar a quienes discrepan con nuestras ideas, como si la Inquisición estuviese grabada en nuestro ADN histórico. Y tras una de las guerras civiles más atroces de la historia mundial, la dictadura franquista asesinó a sangre fría a miles de personas. Y luego durante 37 años, hasta el último minuto, incluso desde el lecho de muerte del dictador, se siguió ejecutando a resistentes políticos, con distintas intensidades y motivaciones. En fin, cuando el bálsamo democrático parecía capaz de restañar la herida del resentimiento, cuando nos disponíamos a vivir en paz, el fanatismo de ETA extendió la maldición, con casi mil muertos más y el emponzoñamiento de la cotidianidad durante otras tres décadas.

Por eso la posible paz con ETA y su entorno, en términos respetuosos con nuestras instituciones y la consiguiente disolución de la organización terrorista, constituirían un hito esencial en nuestra historia. Representaría acceder, de verdad, a la madurez democrática y a la civilidad como forma de ser. Algo de lo que estamos más cercanos institucionalmente que psicológicamente, como demuestran las vociferaciones e impropiedades de las tertulias mediáticas que contaminan nuestro entorno mental día tras día.

Por eso es un momento decisivo y que requiere calma, determinación, paciencia y, sobre todo, apoyo a quienes, sea cual sea su ideología, están intentando construir la paz. Porque es precisamente en un momento así cuando se activan los viejos demonios que nos pueblan, los instintos básicos que explican por qué, aun estando situados en la próspera y educada Europa, siempre nos hemos caracterizado por la intolerancia ideológica, el insulto como argumento y la violencia latente en el gesto. Llegar a la paz, a una paz duradera, requiere un esfuerzo para ver lo esencial y lo secundario. Para enterrar la venganza aunque se disfrace de justicia, precisamente para honrar de la mejor forma posible la memoria de quienes fueron asesinados: haciendo que nadie más lo sea. Claro que al oír hablar a los etarras con sus ridículas proclamas trasnochadas que apenas disfrazan su inestabilidad emocional me hierve la sangre pensando en

mi amigo y compañero de estudios Ernest Lluch, en mi amigo el arquitecto Xavier Valls asesinado en Hipercor, en mi primo y compañero de lucha democrática José Ramón Recalde, que sobrevivió de milagro, o en mi prima Maria Teresa Castells, cuya librería, crisol de pensamiento libre, fue volada una y otra vez por bárbaros analfabetos. Pero en algún momento hemos de detener la dialéctica de los puños y las pistolas. Y ese momento puede ser ahora.

Y por más que fastidie el perdón y la reinserción de quienes rompieron innecesariamente las normas de la convivencia, hay que ser capaces de superar el pasado para empezar otra historia. En el fondo, es lo que ya hicimos en el momento de la transición. No sólo se superaron los rencores de la Guerra Civil (aunque sin olvidar, porque la memoria de lo que pasó es esencial para superar el trauma), sino que también se perdonó a los torturadores y los asesinos, que siguieron siendo funcionarios y ocupando puestos de responsabilidad durante la democracia. Y hasta recientemente aún se homenajeó en Marruecos, con la presencia de nuestro Gobierno y nuestro ejército, al general franquista Mizzian, masacrador de heridos de guerra, asesino y violador de mujeres, según testimonios históricos de corresponsales de guerra extranjeros. Supimos salir de todo eso.

Y tenemos que aprender a salir de la espiral de la violencia en Euskadi. Porque no es cierto que se pueda derrotar a ETA de forma estable. Si no se integra a su amplio entorno en la sociedad y en el juego democrático, se reproducirá tarde o temprano. Y la democracia quiere decir que se puede defender toda clase de ideas, la independencia y la autodeterminación incluidas y la incorporación de Navarra en Euskadi. No hay nada sagrado, nada, excepto la vida humana. Porque incluso Dios vive en esa vida. No hay España eterna, ni Euskadi eterna, sólo nosotros y lo que queremos y sentimos en cada momento y que evoluciona con las ideas y los conflictos del tiempo histórico. Todo eso hay que explicarlo, asumirlo conjuntamente, transformando el dolor y el recuerdo en una sociedad en la que nuestros nietos no puedan ni imaginar cómo nos pudimos matar entre nosotros.

Ese horizonte de paz a toda costa, sí, a toda costa, exige salir del enrocamiento político y la obcecación ideológica, venga de donde venga. Quienes cuenten

votos en lugar de pensar en una Euskadi y una España al fin en paz, acabarán como Bush o como Blair: denostados por su propio electorado tras darse cuenta de que la guerra no tiene fin si no la desterramos en nuestra mente.

No hay nada más importante en un país como el nuestro, que en general funciona y en donde se vive bien, que el de llegar a la orilla de la paz. Y esto depende fundamentalmente de un cambio cultural, de un convencimiento mental de que podemos hacerlo. Lo demás son cuestiones tácticas, el cómo llegar (habrá que llegar un día) a la amnistía, el cómo reconstruir el tejido social hoy fracturado en Euskadi, qué formas políticas se adoptan para que puedan expresarse el independentismo radical y el soberanismo con todos sus derechos y garantías, cómo se protegen los derechos de todos en la práctica cotidiana y cómo se dirimen los inevitable conflictos sin que todo acabe en jueces y policías. Hará falta una inteligente ingeniería social y política. Hará falta una altura de miras de los líderes políticos, tal como ya se manifiesta en algunos de ellos. Pero sobre todo hará falta que nos miremos al espejo de la historia y que decidamos de una vez exorcizar los monstruos que nos han engendrado y que amenazan con atenazarnos en el momento en que salimos a la luz.